Una cola para la esperanza

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Paso casi todos los días dos veces por la calle Campo de Mirra en la ida y vuelta a mi trabajo. Me he detenido alguna vez a mirar esa cola madrugadora que forman el conjunto de inmigrantes que está a la espera de los trámites administrativos para su legalización. Ocupan siempre toda una acera con inquietud, con preocupación, con esperanza también. Son una aglomeración ordenada que espera papeles desde las primeras horas con la ilusión puesta en que, por fin, el permiso de residencia les permita trabajar y vivir en esta tierra; también sin duda para enviar dinero a los familiares que quedaron en la de origen.

Son parte de una historia endiablada que está situando el siglo XXI como tiempo de grandes migraciones. Las hubo siempre, pero resulta que ahora estamos emplazados en una época peor. Hay mujeres y hombres de origen africano; también europeo del Este, también latinoamericano. Esperan pacientemente un turno que permita iniciar trámites. Muchos han entrado como han podido y son «ilegales». La condición humana de «ilegal» me crea una perplejidad insoportable. Un ser humano se traslada desde África, desde la Europa del Este, desde Latinoamérica y, si tiene una tarjeta de crédito, es un viajero; incluso podemos denominarlo, si está casi siempre fuera, como cosmopolita. Al no tener esa tarjeta de crédito, al no tener dinero, es «ilegal» simplemente.

La ley de inmigración que aprobó nuestro Gobierno parece que está dando frutos consistentes y a las arcas de la Seguridad Social me remito. Quedan mafias alrededor del fenómeno e incluso abusos y lucros de algún funcionario que me dicen que no son combatidos suficientemente. Pero la ley abrió oportunamente una realidad que es nueva. Europa, al contrario, ha optado en general por el endurecimiento. Me preocupa que alguien, otro gobierno, pudiese cancelar la ordenación del fenómeno y la generosidad (aunque a veces no sea suficiente) de su planteamiento. Hablaron los enemigos de la ley del efecto llamada, sin entender que la única causa del efecto es la desesperación.

Oigo la radio de buena mañana al poco de salir de casa. Se comenta la frase de Brice Hortefeux, titular de un flamante ministerio francés de «Inmigración, Integración e Identidad Nacional» (ah, de nuevo «la grandeur») en la que, en nombre de Sarkozy, anuncia que «nos mantendremos muy firmes; los extranjeros indocumentados no tienen vocación de permanecer en Francia, sino de ser devueltos a sus países de origen, de forma voluntaria o forzada». Fue en un acto festivo en el que entregaba el certificado de residencia a ochenta extranjeros, mientras anunciaba la expulsión inmediata de veinticinco mil. Supongo que Le Pen ganó también las últimas elecciones francesas. Habla el ministro de que las remesas económicas de los emigrantes, cuando llegan a sus países, se dedican al consumo, y no al desarrollo, para lo que va a proponer la creación de un fondo con esas remesas para el co-desarrollo. Ahora la «grandeur» se ha convertido en gilipollez, o en algo peor, en burla de la pobreza. Habla también de inmigración selectiva, profesional, y avisa que no está propugnando un saqueo de cerebros de los países en subdesarrollo.

La siguiente noticia es la de la llegada al puerto de Tarragona de los veintiséis inmigrantes de Costa de Marfil rescatados en aguas de Malta por el barco catalán Montfalcó. Repugna de nuevo la actitud de Malta y Libia que se negaron a socorrerlos.

Pienso estas cosas mientras he detenido el coche en la acera de enfrente de la calle Campo de Mirra. Son las ocho de la mañana y hay ya dos centenares de personas tras unas vallas amarillas. Miro los rasgos e intento observar su expresión: la diversidad racial no me hace pensar en desagregación, sino en mestizaje; las miradas no me indican agresividad hacia la sociedad que los va a acoger, sino espera ilusionada aunque con cansancio; la pobreza no es nada más que la constatación de origen; los ojos de los emigrantes no me producen ninguna ansiedad problemática, porque la cola que forman esta mañana es solamente una cola para la esperanza. ❑

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Alicante.